

un interés muy superior. Se trata de una espléndida descripción del oeste argelino a mediados del siglo XVIII. Comarca tras comarca, desfilan ante nosotros, en apretado retablo, una multiplicidad de paisajes, tribus, pueblos, ciudades y aldeas, con expresión de sus géneros de vida, modos de producción, cuantificación y mentalidades. Estas páginas justifican por sí solas la publicación de tan singular fuente y explican el éxito inmediato que el libro ha merecido.

Parte sustantiva del mismo —y no mero anexo— es un magnífico mapa de la región, obra sin duda de don Antonio de Gaver, uno de los grandes ingenieros españoles del XVIII que trabajaron en Orán. Aparece publicado en su totalidad y por secciones provistas de notas aclaratorias. Del impacto suscitado en Argelia por el mapa, auténtico alarde de la ciencia cartográfica del momento, diré tan sólo que el más alto ente cultural argelino ha encomendado al profesor Epalza y al au-

tor de esta reseña la localización, estudio y publicación de cuantos mapas y planos inéditos sobre la Argelia anterior al XIX se hallan dispersos por los archivos españoles. En total cerca de medio millar que, en fecha próxima, aparecerán en los diferentes volúmenes que componen un «Corpus cartographique espagnol de l'Algérie».

El informe Arámburu, en edición bilingüe española y francesa, va precedido de minucioso y bien documentado estudio preliminar, que evidencia en sus autores un conocimiento profundo del Orán hispánico. Hecho, por lo demás, nada sorprendente para quienes venimos siguiendo de cerca la singladura investigadora de Epalza, pródiga en excelentes monografías, publicadas en francés, español y árabe, sobre la Argelia sietecentista.

Varios índices, onomástico, topográfico y analítico, cierran tan sugestiva obra.

Juan Bta. Vilar

DUFF, David: *Eugenia de Montijo y Napoleón III*. Ed. Rialp. 1981, 392 págs.

El que llegaría a ser Napoleón III, como es sabido, era sobrino del gran Napoleón I. Antes de cumplir los seis años se derrumba el Imperio de su tío y tras una vida azorosa en la que cuentan cinco años encarcelado en una fortaleza francesa, gana las elecciones para diputado en varios departamentos para la Asamblea Constituyente, a la caída del Rey Luis Felipe de Orleans y es elegido luego Presidente de la República por aplastante mayoría. Luis Felipe había fomentado la leyenda napoleónica.

Poco después del acceso a la Presidencia, el banquero Rothschild le presenta a la que sería su esposa, la bellísima española Eugenia de Montijo, granadina de madre escocesa; su padre

era el conde de Teba, segundo hijo del conde de Montijo, cuyo título hereda al morir su hermano. La familia de Eugenia, huyendo del cólera y de la guerra civil, se había establecido en París, trabando amistad con los novelistas Mérimée y Stendhal. Paca, hermana de Eugenia, se casa con el duque de Alba y Berwick. No cuajan los primeros enamoramientos de Eugenia.

El Presidente Napoleón, que era muy popular, da un rapidísimo golpe en 1851 ayudado por el Ejército. Días después un plebiscito confirma su período de diez años como Presidente, por siete millones y medio de votos a favor y unos 650.000 negativos. Se decide por Eugenia.

También mediante plebiscito (casi 8

millones de votos a favor y un cuarto de millón en contra) los franceses deciden que su Príncipe-Presidente se convierta en Emperador. El pueblo llano favorecía la candidatura matrimonial de Eugenia: no pertenecía a la realeza derrocada. El «establishment» estaba en contra de la boda con la española. Se casan, en la «boda del siglo», en 1853.

Viaje a Inglaterra. Viaje a París de la Reina Victoria. Eugenia tiene un hijo en 1856. Amorios del Emperador. Nuevos viajes a Inglaterra. Bombas al entrar en la Opera de París. Guerra contra Austria con victorias y anexiones. Disminuyen las energías de Napoleón y crecen las de Eugenia, 18 años menor. Bismark llega a París como embajador de Prusia. Exposición Universal de París en 1867. Hegemonía de Francia en la artes, las ciencias y la industria. Renovación urbanística de París por el arquitecto Haussmann. El emperador Maximiliano es fusilado en México. Progresa la enfermedad de Napoleón y avanza la oposición política. Viaje triunfal de Eugenia a Grecia, Turquía y Egipto para inaugurar el canal de Suez, cuyo proyecto se debía a su primo Lesseps. Nuevo plebiscito

con aplastante mayoría a favor de Napoleón. Derrota de los franceses en 1870 luchando contra Prusia. Revueltas sangrientas en París. Eugenia huye a Inglaterra, donde ya la esperaba su hijo. Napoleón va también a Inglaterra, donde le llega su última hora en 1873. El hijo muere luchando en Africa como oficial del Ejército británico en 1879. Aun le quedaban a Eugenia cuarenta años de vida. Excelente amistad con la Reina Victoria de Inglaterra. Madrina de la nieta de Victoria, que llegaría a ser mujer de Alfonso XIII.

Vuelve a España. Un oculista de Barcelona la opera con éxito a los noventa años. Fallecerá en julio de 1920 en el palacio de Liria, en Madrid, en casa de su hermana la duquesa de Alba.

Libro sin excesivas pretensiones científicas, amenísimo y muy evocador de medio siglo de historia europea y española, por el que desfilan buena parte de los personajes más sobresalientes de Europa en la que Eugenia de Montijo brilla como estrella de primer orden.

J. Burillo

JAREÑO LOPEZ, Jesús: *El «affaire Dreyfus» en España. 1894-1906*. Ed. Godoy. Murcia, 1981, 337 págs. Láms (s.n.).

Muchos fueron los momentos difíciles conocidos por la Tercera República francesa en su agitada y casi centenaria andadura, pero pocos pueden compararse en intensidad, duración y trascendencia al célebre «affaire Dreyfus» (1894-1906) al filo del cambio de siglo.

El asunto es sobradamente conocido. En 1894 el capitán Alfred Dreyfus, judío alsaciano, fue condenado a reclusión perpétua, bajo la acusación de vender secretos militares a Alemania. La revisión de su proceso, una vez

descubierta la falsedad de las pruebas utilizadas, suscitó en el vecino país una grave crisis institucional en la que de una forma u otra se vieron comprometidas la totalidad de las fuerzas políticas francesas. Tanto los sectores conservadores, que pretendían vaciar el sistema de sus contenidos más radicales, como aquellos otros que abogaban por un drástico programa innovador, ideado como arma punitiva más que como instrumento de reforma. La confrontación —no siempre dialéc-